

Me divisó de nuevo. Lentamente se fue acercando. Colocóse a mi lado y comenzó a mirar en torno suyo con extrañeza, frunciendo el ceño. De pronto, en su rostro consumido, la costumbre comenzó a dibujar la mascarilla cortés de sus días habituales y, con la misma cordialidad y orgullo de un coleccionista que exhibe a un huésped importante su pieza más valiosa, descubrió la faz del niño y me dijo:

—¿Quiere verlo?

HERBERT MÜLLER

A LAS DOCE Y CUARTO

NI EL dinero que me dieron para el viaje ni el dinero que me adelantaron como parte de mi sueldo, fueron suficientes para que yo me comprara un reloj. Por eso, al llegar a la cima de la cuesta, siendo de noche, al divisar el poblacho, allá, a lo lejos, sentí más que nunca, hasta entonces, la necesidad de saber la hora.

Quería saber cuánto tiempo llevaba viajando en aquel lentísimo camión; quería saber cuánto había aguantado con las manos en el volante y los ojos puestos en el camino. Camino que hasta ahora me es totalmente desconocido; camino que se extiende hacia el norte, apegado a la cordillera, a los contrafuertes de la cordillera que corre paralelamente al mar, y que lleva al norte, al desierto, a la aridez, al calor.

Viajaba solo. Viajaba cargado de fierros. Era una jornada penosa que tomaría varios días y varias noches de esfuerzo para permitirme, después, tenderme a descansar. ¿Descansar por cuánto tiempo? ... No sé, pero descansar al fin, algún día, sabiendo que los dueños de mi carga y los dueños de mi camión estaban contentos de mí.

Era un camión nuevo. Cargado al máximo. Era también un camino nuevo para mí.

Yo no tenía mucho miedo en las bajadas, pero sí en las subidas. ¿Daría el motor? ¿Tendría las fuerzas suficientes como para sortear todas las cuestas y para hacerlo girar en tanta intrincada curva? Todo eso no lo sabía. Estaba por verse. Pero, por el momento, divisar en el medio de la noche las luces de un pueblo, tan cansado, tan hambriento como iba, me pareció el colmo de la dicha.

Pero yo no llevaba reloj.

Fue lenta la bajada. Fue lenta y penosa. Estaba muy arriba y, a mi izquierda, me pareció ver el mar. A la derecha, aunque se me perdía a cada vuelta, cada vez más cerca, el pueblo me esperaba, y allí la comida y tal vez una cama; una cama decente, con sábanas limpias, con almohada muelle y blando colchón. Una cama.

Cada dificultad del camino se me hizo más fácil. Cada vez que el camión crujió, inclinándose peligrosamente hacia el lado del precipicio, para enderezarse después y seguir rodando, fue poniéndome una sonrisa; cada tramo empedrado que pasé, sin que me detuviera un reventón, fue motivo para darme felicidad. Allá abajo, cada vez más cerca, el pueblo me esperaba y allí la comida; la cama, en fin, un reparo.

El camino se puso suave y parejo. En realidad, desde la cumbre de la cuesta hasta llegar al pueblo, todo se me hacía fácil. Ya rodaba mi camión por una calle pavimentada. Ya pasaba los primeros postes del alumbrado y veía gente, mucha gente caminando por las calles, entrando y saliendo de negocios y tiendas y posadas.

Hasta que llegué a la plaza y allí vi que la gente, sin fijarse demasiado en mí, se paseaba en torno de una pileta. ¿Qué hora sería? Miré hacia la iglesia; ésta permanecía abierta. Dos curas, charlando, tapaban la puerta. Elevé la mirada hacia lo alto y vi el reloj. Marcaba las doce y cuarto. ¡Las doce y cuarto! Y todo seguía ocurriendo como si apenas fueran las ocho de la noche. Parecía mentira.

“¡Eh, señora!”, llamé a una veterana. “¿Podría usted decirme qué hora es?”. La vieja sonrió, maliciosa. “Son las ocho y media, señor”. Me bajé del camión. “¿Qué hora dice usted que es?”. “Las ocho y media, señor. Ese reloj, señaló con su mano huesuda a lo alto de la torre, es nada más que pintado, señor”.

Nada dije y me fui a buscar comida. Y busqué cama, y encontré cama y me apresuré a dormir, pues no quería saber nada con mis pensamientos.

La mañana siguiente, revisé los neumáticos, eché agua al radiador, apreté unas cuantas tuercas y revisé las amarras de la carga. Partí.

Desde ese pueblo en adelante, era aún más fácil el camino. Era una línea que serpenteaba a veces. Nada me distraía. Podía uno dedicarse a pensar e ir quedándose, poco a poco, adormilado. El sol calentaba apenas.

Muchas horas anduve, rodé en mi camión por ese camino. El asunto me parecía fácil. Los dueños de la carga, los dueños del camión estarían muy contentos de haberlo confiado todo a mí. Puede decirse que sentí cómo los estaba estafando, cómo aquello era demasiado fácil.

Estaba acostumbrado a que todo me fuera dificultoso, pero allí no era preciso más que hundir el pie a medias en el acelerador y conservar el volante firme con una mano.

Divisé otro pueblo, horas después, allá a lo lejos; ah, pero en él yo no me iba a detener, seguiría manejando. Seguiría trabajando para hacer el viaje lo más rápido posible y regresar, definitivamente, a recibir mi paga y a sentir la satisfacción de que todo el trabajo había sido hecho sin mayores dificultades. La satisfacción de haber matado el tiempo en algo útil, sin dejarme llevar por ninguna debilidad.

Lo primero que divisé, después de la casa de un obrero de la que un perro salió a ladrarme al camino, fue la torre de la iglesia. Entonces mis ojos se fijaron en ella, sospechando lo que iba a sobrevenir. Sí, efectivamente, el reloj marcaba también las doce un cuarto. La misma hora que había visto en el reloj de la torre de la iglesia del poblacho anterior. Y yo había trabajado tanto, me había hecho tantas ilusiones.

Y así me sucedió en el tercer pueblo, un pueblo con el que di mucho más al norte, muchas horas después, muy cercano ya a la costa, poco antes de internarme en el desierto. Entonces hundí más el pie en el acelerador y me metí en el camino arenoso, donde las pocas plantas que hay son casi del color de la arena y sirven sólo para darles sombras a las piedras. Los ojos se me cerraban por el cansancio. La mano tendía a aflojarse del volante. Yo fumaba, fumaba como recurso único para mantenerme despierto, cuando vi una figura que estaba caminando a lo lejos. Ansié llegar pronto hasta la figura, hasta el hombre que caminaba. El hombre iba con la cabeza descubierta. No se volvió para mirarme ni hizo gesto alguno que delatara sus intenciones de pedirme que lo llevase. Seguía caminando impertérrito aunque yo estaba ya cerca, casi sobre él. Entonces lo llamé: "Señor, le dije, excesivamente respetuoso, señor, ¿desea que lo lleve?". El hombre movió la cabeza de lado a lado, negándose a aceptar mi oferta. Me bajé del camión y fui tras él para detenerlo.

Le contemplé a los ojos, fijamente. Pareció no verme.

"Señor", imploré. "Dígame la hora. Por favor dígame la hora, he pasado por tres pueblos y en los tres la hora está pintada en la torre de la iglesia. En las tres iglesias el reloj marca las doce y cuarto".

Tardó en contestarme. Entretanto, vi que tenía las manos teñidas de negro y que del bolsillo del pantalón le asomaba un pincel.

"Son las doce y cuarto", murmuró.

Corrí, entonces, lejos de él. Abandoné mi carga y mi camión, y corrí por

entre las piedras y las pequeñas matas. Corrí, corrí, hasta que las fuerzas me abandonaron y entonces, con el rostro pegado al suelo, recordé que un viernes, a las doce y cuarto, tú dejaste de quererme y que todo, desde entonces, no tiene sentido.